Iris Larraín Echeverría

La Vida del espíritu

Conversando con la señora Inés Echeverría de Larraín

Buscando el frescor de un oasis en la aridez de las preocupaciones diarias, fuimos, no hace muchas tardes, a conversar con la reputada escritora y esclarecida dama Inés Echeverría de Larraín, cuyos pseudónimos **Iris** e **Inés Bello** son, de cierto, habituales a las lectoras de "Familia".

Nuestra conversación no tenía nada del reportaje. Fluían aladas sus palabras y las mías la incitaban cariñosamente a seguir describiéndome la vida de su espíritu.

La melancolía de la tarde tamizaba su luz grisácea en el velo sutil de la neblina. Afuera el viento hincaba sus filos en las gentes, en las aves ateridas, en las ramas deshojadas de los árboles, mientras que en la tibia atmósfera de la sala se desenvolvía amablemente la charla seductora.

Como engarces finos aparecían en la apretada malla de su conversación los rasgos de ingenio, los retruécanos chispeantes, la gracia picaresca de su decir fluente. Pero no eran sólo sus palabras las que me interesaban: quería penetrar a través de ellas, de sus gestos y ademanes, en el arca escondida de su vida espiritual.

Mas, ¿es esto posible? ¿Acaso no es la vida aún más tornadiza y pasajera que los celajes de un cielo de otoño?

Puede que fuera la melancolía de la estación, las claridades macilentas de la tarde, el frío, y quién sabe qué otros factores determinantes de ese momento, los que me mostraron a Iris como una descontenta de todo: de su país, de su medio, de su época e igualmente de las formas en que hasta aquí ha vaciado los productos de su arte.

Este descontento emana de sus conceptos y se revela por igual en su graciosa y punzante ironía. Este rasgo que constituye como una florescencia de su personalidad le ha suscitado más de una vez desazones y molestias inmerecidas. Iris es una mujer que siente profundamente, que vibra con las emociones de los demás, que simpatiza fácilmente con los otros y cuando se burla no ridiculiza las personas sino los defectos. La vaciedad, la presunción, el orgullo necio, la pedantería, el fanatismo ciego son por lo general el blanco de sus sátiras, y no puede negarse que si en vez de describir paisajes sentimentales, hubiera trasladado al papel todo el humorismo, el ingenio y la ironía que campea en su charla, sería, amén de la más reputada novelista de Chile, la más original y preciada de todas las artífices americanas.

Naturalmente la conversación recayó sobre su obra.

—¿Por qué ha escrito Ud. en francés su último libro: "Entre deux mondes"?

—Porque es el idioma de mi arte; porque yo pienso y siento en francés.

—¡Qué cosa más rara! Siendo Ud. chilena y todavía nieta del más grande de los gramáticos castellanos...!

—No, no es raro. Voy a contarle a Ud. los principios de mi vocación y se convencerá. De muchacha y viviendo todavía en el austero enclaustramiento de la familia, sentía ya el impulso de escribir, pero me daba cuenta también de lo inaudito de semejante impulso: ¡una

muchacha escribiendo, y escribiendo literatura! Y no obstante y a pesar de todo, yo sentía imperiosamente la necesidad de dar forma a mis pensamientos y a mis ensueños. No hubo más que un medio de conciliar mis vehementes deseos con el natural pudor de substraer mis escritos a los comentarios y a las burlas, y escribí en francés. Las voces extranjeras llegaron a hacérseme habituales y durante mi vida he redactado el diario de mis días en la lengua que yo amaba más...

—Entonces, ¿a Ud. no le gusta el castellano?

—¡No, mil veces no. El castellano es para mí la lengua de la cocinera, del proveedor, de las cuentas de la casa... Si alguna vez me riñeron fué en castellano; los que me **pelan**, gracias a Dios, también lo hacen en castellano... ¿Y Ud. quiére que lo ame?

—Es que el artista no debe atender sólo a la idea y al sentimiento, sino también a la palabra. Todo escritor purifica, afina y ductiliza el idioma, y siendo así, creo yo que Ud. tiene la obligación de cultivar el suyo y no otro.

—¿Por qué?

—Porque el idioma es una parte del alma de la raza, y su obra no está, no puede estar aislada: es el producto de un estado de conciencia de la colectividad en un momento de su evolución, y agradézcame que le haga gracia de una profusa cita de Taine, que aquí viene al punto...

—Desgraciadamente, yo tampoco siento afinidad alguna por lo que Ud llama mi raza. Miro mi estirpe y no me reconozco. Los que estuvieron cerca de mí en los años dúctiles de la infancia y en los años milagrosos de la juventud, no hicieron nada por desarrollar en mí esa solidaridad racial. Hasta los 30 años yo fuí una cosa, algo que habría podido llamarse sin desmedro un sér esclavo y hasta inconsciente. ¡Y pensar que aquí hay mujeres que no pasan nunca de los treinta años!

—¿Y la Patria tampoco habla a su conciencia de artista ni a su alma de chilena?

—Menos todavía. ¿Qué es la Patria? ¿Quién la puede definir? ¿Por qué han de ser más hermanos míos los que ven ocultarse el sol tras de los mares, que los que lo vieron esconderse detrás de las montañas? A mí no me educaron en el amor a la Patria, ni yo lo he aprendido a sentir después. Amo la Europa mucho más que la América, porque a pesar de aquí hay solamente repúblicas y suele haber allá monarquías, puede vivirse en ellas una vida más libre, más consciente, menos llena de enredos, de chismes, de pequeñeces; más amplia, más artísticamente refinada, más llena de belleza, de arte, de alegría, de talento y de personalidad. Todo es más fácil allá, desde la compra de un velo que armonice con el traje, hasta la publicación de un libro y la concepción de muchos otros.

—No comparto en modo alguno sus teorías. Yo sé que si algo siento y pienso lo debo a mis antepasados, a este suelo que me nutre, a estas montañas que me cobijan, a esta luz cruda que es nuestro halo y nuestro ambiente; me creo tan solidaria de mis compatriotas; tan primitivamente adherida al terruño que no dejo de pensar en él, en su porvenir, en su grandeza y en su suerte cada vez que mis palabras buscan un eco en otras almas. Y si todo es difícil aquí, como Ud. dice, es porque no amamos bastante a nuestro país para perdonarle de buen grado los pequeños sacrificios que nos impone.

—Pero no me negará Ud. que el castellano es un idioma atrasado, lleno de herrumbre, tieso, con el cual es imposible alcanzar las modulaciones del francés.

—Sí, lo niego. Ahí tiene Ud. a los modernos hablistas, Valle Inclan, por ejemplo. ¿No lo compara Ud. en maestría del decir a cualquiera de sus émulos franceses? Y si el castellano fuera una lengua enmohecida, los artistas como Ud. deberían darle la flexibilidad que Ud. cree que le falta.

—¡Oh, no! ¿Por qué se habría de adoptar una arma mellada cuando se puede disponer de una lámina de acero flexible, recia y firme al mismo tiempo?

—Porque la primera es la que Ud. posee, y la segunda tiene que pedirla prestada al vecino.

—No nos pondremos de acuerdo sobre esto...

—Afortunadamente estamos ciertas de concordar en muchas otras cosas. ¿Cómo va su libro?

—¡No me diga! ¡Si esto es un horror! Con una ingenuidad de colegiala yo me había hecho la ilusión de construirme un rinconcito tranquilo donde trabajar, y me instalé aquí. Ud sabe que soy miope y que necesito, por consiguiente, mucha luz: por eso esas ventanas no tienen cortinas y todo el que pasa se considera autorizado para husmear lo que hago. Por fortuna yo no veo. Pero hay algo peor. Al principio estaban arreglando esa calle; no transitaba ningún vehículo y todo iba bien; pero terminados los arreglos han dejado en el pavimento, frente a frente de los balcones, una arista sobresaliente y ahora no hay carruaje que la yerre: matemáticamente todos vienen a chocar precisamente ahí, y a cada instante, en lo mejor de una frase, me hace saltar el estruendo de un terremoto. Y por este otro lado, en el asfalto mojado y resbaloso de la Alameda, parece que vinieran a caer todos los caballos de Santiago, y estoy condenada a presenciar la brutalidad de los cocheros, y no puedo contenerme y salgo y los insulto y ellos me insultan a mí y salen mis sirvientes a defenderme y... ¡oh, esto es el Paraíso! ¡Y háble me Ud. de los encantos de la vida santiaguina y háble me de que yo debo querer mucho a mi país y considerar como hermanos a todos esos salvajes inferiores a las pobres bestias que castigan inhumanamente.

En los ojos que entornaba la miopía fulguraba la indignación, y al evocar los dolores mudos de los pobres animales la artista sentía erizarse su exquisita sensibilidad, esa sensibilidad delicada que transparentan sus libros y que ella trata de ocultar quizás bajo las apariencias de su ironía.

—Sin embargo, Iris, ¿dónde no encuentra Ud. salvajes? ¿No los ha hallado en París al igual que aquí?

—Pero allá una los puede huir...

—Volvamos a su libro. Me interesa sobremanera. Dígame—si esto no es indiscreción—¿va a desarrollar Ud. un tema parecido al de "Entre deux mondes"?

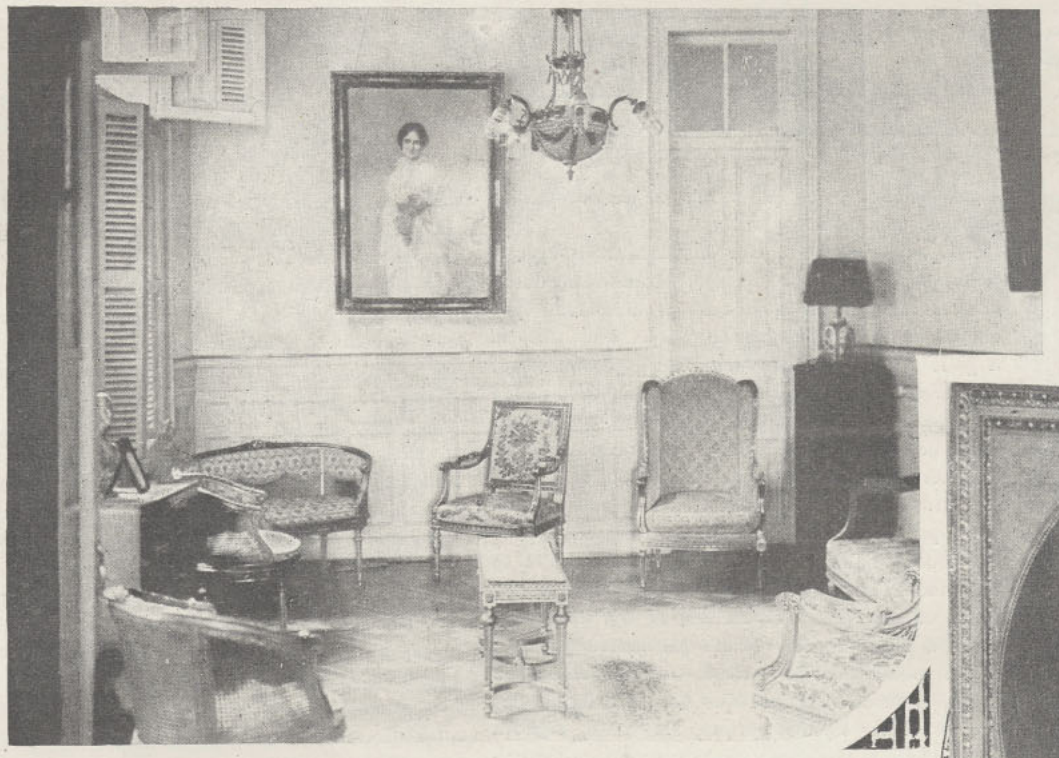
—No. "Entre deux mondes" fué sólo un ensayo. Yo cuento a mis amigos que lo escribí solamente para pasar mi examen de escritora. Quería medir mis fuerzas; oir lo que la más alta crítica europea dijera de él y, según eso, continuar en el cultivo de mi vocación o abandonarla de una vez para siempre.

—De más está preguntar el resultado...

—Ya lo creo, puesto que Ud. me ve escribiendo un nuevo libro. Lo que llevo publicados son ensayos, tímidos ensayos, tanteos ciegos en un camino ignorado. En éste quería expresar ese mensaje que cada artista trae al mundo y por la expresión del cual se lucha, se sufre, se muere a veces.

—¿Trabaja Ud. metódicamente?

—He tratado de hacerlo. Pensaba dedicar todas las mañanas exclusivamente al libro, pero... No se siente Ud. descorazonada, Amanda, en este momento? No me niegue. A pesar de todo su optimismo juvenil, a despecho de todo lo que Ud. afirma de su amor por los demás y por su país, ¿no encuentra usted que aquí las individualidades son aplastadas como si se tratara de reptiles venenosos? ¿No siente usted en vez de brazos que la eleven, manos crispadas que tratan de bajarla, de hacerla recordar en todo momento que antes que el ideal deben estar las conveniencias, los prejuicios, el que dirán? No me lo niegue, porque no se lo creería.



Sala Luis XVI de la casa de la señora Inés Echeverría de Larraín.

—Ni trato de negarlo, Inés; pero creo que, en parte, somos nosotros mismos los culpables de tal estado de cosas.

—¿Cómo?

—Porque todos los artistas como usted, como los Blest Gana, como los Dublé Urrutia, los Silva Vildósola, la Rebeca Matte y Harris, y Alegría y Backhaus que representan el triunfo del arte chileno, en vez de formar aquí un ambiente, se van a usufructuar del que otros lucharon por crecar en la vieja Europa. Y este ejemplo de los grandes, es naturalmente seguido por los demás. Pregunte Ud. a cada uno de los pintores, de los poetas, de los músicos nuestros cuál es su aspiración mayor y le contestarán que es irse a París, no por un corto viaje, sino para vivir y trabajar allí. Si todos aquellos artistas triunfantes vivieran entre nosotros, si trabajasen aquí, si concibieran aquí sus grandes obras, vería usted cómo se formaba el ambiente y se depuraba el gusto en plazo no distante.

—Y mientras tanto, Amanda, ¿qué hemos de hacer nosotros?

—Preparar el terreno para los que han de venir.

—¡Oh no! Yo no tengo instintos de apóstol.

—Yo tampoco; pero quieras que no, tenemos que aceptar las leyes de la realidad.

—La vida del espíritu es implacable.

En ese instante entró una de las hijas de Iris. Su serena belleza de diosa griega, fué como una claridad dentro de la sala y su sonrisa como una caricia sedante.

—Rebeca, dije yo, si dentro de veinte años usted constata que hay en Santiago un ambiente artístico y una intensa vida espiritual y usted encuentra en ellas un goce mudo más refinado y más alto que todos los que hoy se le puede ofrecer aquí, recuerde usted que su madre ha trabajado, ha luchado y ha sufrido para que Ud. pueda sentir las dulzuras de una vida que nosotros no conocimos.

A. LABARCA H.

Señorita Rebeca Larraín Echeverría.

Hall de la casa de la señora Inés Echeverría de Larraín.